

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

La conciencia de Huckleberry Finn o la agonía entre la moral y los sentimientos [Awareness of Huckleberry Finn or the agony between morality and feelings]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Beraldi, Gastón
Publisher	Asociación Argentina de Investigaciones Éticas
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-23 08:50:50
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/232782

Estudio preliminar

**LA CONCIENCIA DE HUCKLEBERRY FINN
O LA AGONÍA ENTRE LA MORAL Y LOS SENTIMIENTOS**

Gastón Beraldi ¹

El objetivo de este trabajo consiste en presentar al público la traducción anotada y un estudio preliminar a un artículo de Jonathan Bennett que ha tenido, fundamentalmente en los países de lengua inglesa, una notable repercusión en el ámbito de la ética.

La traducción que se publica en este mismo número de la revista –y de la única que disponemos hasta ahora en nuestra lengua- se origina de una necesidad netamente pedagógica en torno a la cuestión de la motivación moral.

En “The Conscience of Huckleberry Finn”², Jonathan Bennett examina el rol que juegan los sentimientos en el accionar moral, mostrando el conflicto que se produce entre lo que llama *sympathy* y el deber moral. Para dar cuenta de ese conflicto, recurre fundamentalmente, a dos casos ejemplares: el de una de las novelas de Mark Twain: *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884), y el de Heinrich Himmler, un comandante en jefe de las SS.

El trabajo de Bennett podría calificarse como un análisis de casos. Sin embargo no nos encontramos aquí con un estudio casuístico evaluado a la luz de las teorías filosóficas. Bennett casi no cita en este trabajo material teórico crítico con el que evaluar el accionar de los protagonistas que pone en juego.

¹ Facultad de Filosofía y Letras, y Facultad de Derecho, UBA, ggberaldi@yahoo.com.ar

² Este artículo fue publicado originalmente en la revista *Philosophy* en su número 188 del mes de abril de 1974.

En esta descripción y análisis de casos, Bennett va presentando, a través de los distintos protagonistas, diferentes posiciones en torno a la cuestión de la motivación moral. Así nos encontramos en primer lugar, y de manera destacada, con el caso de Huckleberry Finn, el personaje de la novela de Mark Twain, y en contraposición la figura de Himmler. Dos posiciones éticas contrarias, que le sirven de contrapunto para traer al debate el caso de Jonathan Edwards, al cual podríamos calificar como una postura anti-ética. Por último, el recurso a los poemas de Owen, le dan pie a Bennett para posicionarse en favor de la actitud de Huck y en contra de la de Himmler. Como podremos observar, Bennett toma partido: entre una actitud ética (Huck y Himmler) y una anti-ética (Edwards), Bennett elige la primera, y entre una moral del deber (Himmler) y una de los sentimientos (Huck), se inclina por esta última.

Pero en este artículo encontramos mucho más que un análisis del conflicto entre el deber y los sentimientos a partir de casos ejemplares. Este artículo, presenta además, dos destacables particularidades: por un lado, es un excelente caso ejemplar para dar cuenta de lo que tanto Nussbaum como Ricoeur, entre otros, sostienen sobre la relación entre la literatura y la ética. Por otro, permite evaluar la motivación moral desde dos concepciones y modelos clásicos de la ética, el kantiano y el humeano.

1. Ética y literatura

Para observar los estrechos lazos que vinculan a la literatura con la ética podemos remontarnos a las obras de Homero. Pero es en la Modernidad, con la *Crítica del Juicio*, donde Kant, a través de lo sublime, establece los lazos entre ética y estética que son útiles como punto de partida para un modo de pensar la filosofía que luego fue profundizada por el Romanticismo.

Más recientemente, Nussbaum, se retrotrae a la tradición griega para cifrar esta relación desde la dramaturgia. Con la filósofa estadounidense encontramos que la referencia a la literatura, como manifestación de la cultura, pasa por el estudio de las relaciones entre ésta y la ética. Para ella la narrativa no es primariamente una cuestión de lenguaje, sino la creación de un mundo de personajes peculiares cuya conducta es aprobada o desaprobada por el lector. Es un diálogo moral entre éste y el escritor. El artículo de Bennett que

traducimos³ aquí, es un claro ejemplo de esta actitud. Bennett utiliza los recursos literarios (novelescos y biográficos) para manifestar su aprobación o desaprobación de las conductas de los actores de estos textos.

Para Nussbaum, la obra literaria es siempre producto de un moralista que a partir de la literatura puede aportar a la reflexión ética lo que ella llama la “imaginación narrativa”, que es la capacidad del moralista de imaginarse en la situación de otra persona, de entender su historia personal, de intuir sus emociones, sus deseos y sus esperanzas⁴. Con la narrativa se logra no sólo una mejor descripción de la experiencia moral, sino que también se penetra en la complejidad de los dilemas y conflictos del sujeto agente. Por este motivo, ella intenta hacer filosofía moral partiendo de los textos narrativos, concretamente de las tragedias griegas. Para ella, las virtudes morales se comunican mejor a través de la recreación de una experiencia propia, es decir, contando una historia, despertando la imaginación y los sentimientos del interlocutor con recursos narrativos.

Las imágenes y los símiles resultan muy útiles para que el oyente comparta la experiencia y la recree en su interior [...] La literatura, con sus narraciones y sus imágenes, constituye una prolongación de nuestra experiencia y nos anima a comprender y desarrollar nuestras respuestas cognoscitivo-pasionales.⁵

Del otro lado del Atlántico, en una dirección similar a Nussbaum, pero desde la fenomenología y la hermenéutica, Ricoeur, piensa a la acción como si fuese un texto. Esto le permite fijarla y objetivarla. De esta manera es la escritura lo que permite comprender la acción social. La escritura viene a suplir la fragilidad del discurso oral, permitiendo el distanciamiento y resistiendo el paso del tiempo. Este distanciamiento, a la vez que provoca la independencia del texto frente al autor, supera el horizonte del autor. Para el filósofo francés, de un modo u otro, todos los sistemas simbólicos contribuyen a configurar la realidad. Muy especialmente, las tramas que inventamos nos ayudan a configurar nuestra experiencia temporal confusa, informe y, en última instancia, muda. El mundo de la ficción

³ Respecto de la metodología utilizada para la traducción de este artículo, cabe advertir que entre la disputa dada entre traductores “libristas” y “literalistas”, nuestra intención es ceñirnos lo más fielmente -si ello fuera posible- a la letra y al espíritu del texto, pero los giros idiomáticos utilizados, en algunos casos, son los propios de nuestra lengua para ganar en comprensión y didactismo.

⁴ Cfr. NUSSBAUM, Martha, *Cultivating Humanity: A Classical defense of Reform in Liberal Education*, Cambridge, 1997, p.87

⁵ Cfr. NUSSBAUM, Martha, *La fragilidad del bien. Fortuna y ética en la tragedia y en la filosofía griega*, Madrid, Visor, 1995, p.253

es un laboratorio de formas en el que ensayamos configuraciones posibles de la acción para comprobar su coherencia y su verosimilitud.⁶ De esta manera, en la lectura, al no haber un lector privilegiado, el texto es una invitación a la apertura de una multiplicidad de lecturas. Por su lado, la ficción:

[...] tiene esa capacidad de «rehacer» la realidad y, de modo más preciso en el marco de la ficción narrativa, la realidad prágica, en la medida en que el texto tiende a abrir intencionadamente el horizonte de una realidad nueva, a la que hemos podido llamar mundo. Este mundo del texto interviene en el mundo de la acción para configurarlo o, me atrevería a decir, para transfigurarlos.⁷

De esta manera, yo puedo apropiarme del mundo de ese texto a partir de la lectura, y esta lectura transforma, tiene un impacto existencial.

Los desarrollos realizados por Ricoeur en *Tiempo y Narración* (1983-85), particularmente a partir del concepto de “identidad narrativa” -tomado de Mac Intyre-, y los trabajos realizados posteriormente en *Del texto a la acción* (1986), van a servir de punto de apoyo en *Sí mismo como otro* (1990) -a la que él llama su “pequeña ética-, para la comprensión de la “vida buena”, funcionando como un resorte indispensable para la comprensión de la ética.

El recurso a las obras literarias (sean estas novelescas, biográficas, teatrales, poéticas, etc.) permiten al lector proyectar un mundo. El pacto de lectura establecido entre autor y lector, posibilita al receptor de la obra proyectar el mundo del texto en el mundo de la vida. Así Bennett, en este artículo, sostiene que un episodio del capítulo 16 de *Las aventuras de Huckleberry Finn* (1884) es “[...] an episode which brilliantly illustrates how fiction can be instructive about real life”⁸ (un episodio que ilustra de manera brillante cómo la ficción puede ser instructiva para la vida real).

Si bien el uso del lenguaje en el relato de ficción obstruye la referencia directa, inmediata, permite que surja otra relación. En la ficción, a diferencia de lo que ocurre en la vida cotidiana, se pone al descubierto un orden oculto de la experiencia del hombre que no advertimos su sentido y que podemos verlo más claramente a través de la narración. En el tiempo de la narración se reconfigura el tiempo de nuestra vida. Hay un descubrir que podemos analogar al descubrir, al develar, que lleva a cabo el análisis crítico. Sometemos a

⁶ Cfr. RICOEUR, Paul, “Narratividad, fenomenología y hermenéutica” en *Análisi*, N°25, 2000 p.194

⁷ RICOEUR, Op.cit., p.199

⁸ BENNETT, Jonathan, “The Conscience of Huckleberry Finn” en *Philosophy*, Vol.49, N 188, p.124

crítica la vida a través de la narración mediante el des-ocultamiento de lo que en nuestra vida nos pasa inadvertido. En esta capacidad de la ficción de refigurar esa experiencia temporal es donde reside la función referencial de la intriga, sostiene Ricoeur.⁹ Como en la literatura nos encontramos ante un texto sin interlocutor, no tenemos allí presente ni autores ni lectores con sus mundos, el texto se me presenta por la distancia que muestra, como un absoluto irreferente. En consecuencia, tenemos ahora que habérnosla con el texto mismo. Si bien podemos decir que por un lado, la significación de un texto no necesariamente coincide con la intención de su autor, y sospechando por otro, que un texto dice más de lo que dice,¹⁰ hay que considerar que un texto necesita de un lector. El texto se actualiza por medio de la lectura. Porque la fijación mediante la escritura, si bien da muerte al pensamiento del autor, permite que otros puedan recrearlo y tomar vida a partir de él.¹¹ El mundo del texto se convierte así en una trascendencia en la inmanencia de las estructuras, y tal trascendencia se produce a partir de que lo que Ricoeur denomina, variaciones imaginativas del mundo. El hombre es capaz de refigurar imaginariamente un estado distinto del actual. La dimensión pragmática de la obra literaria se nos revela a través de la lectura que los vacíos del texto deja como indeterminados, posibilitando, al actualizarlos, hacer de la novela nuestra propia novela, haciendo de los personajes nuestro propio yo. Recordemos, para finalizar con este punto, que Sartre sostenía en *¿Qué es la literatura?* que escribir es pues a la vez, revelar un mundo y proponerlo como una tarea a la generosidad del lector.¹²

2. Dos modelos clásicos para el estudio de la motivación moral: Kant y Hume

Como ya anticipáramos, las cuestiones relacionadas con la motivación moral han ocupado un lugar central en la historia de la Ética. Qué es lo que nos motiva cuando obramos en conformidad con la moral y cuál es la conexión precisa entre juicio moral y motivación constituyen problemas intrincados y fuentes de viejas y nuevas controversias. Si bien existe al respecto una considerable gama de propuestas, éstas no dejan de ser variaciones de los dos modelos clásicos –o distintas combinaciones de ambos–: el kantiano, eminentemente

⁹ Cfr. RICOEUR, Paul, *Temps et récit I*, Paris, Seuil, 1983, p.13

¹⁰ Cfr. FOUCAULT, Michel, *Nietzsche, Freud, Marx*, Buenos Aires, El cielo por asalto, s/f, pp.33-34

¹¹ Cfr. UNAMUNO, Miguel de, *Cómo se hace una novela*, Buenos Aires, Alba, 1927, pp.14-15

¹² Cfr. SARTRE, Jean Paul, *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1976, p.80

cognitivista y, como tal, defensor de la fuerza motivadora de la razón y el humeano, enfrentado al anterior y que encuentra en las “pasiones” la respuesta adecuada.

En este sentido, la otra particularidad de este artículo que proponemos destacar, es que permite evaluar la motivación moral desde dos concepciones centrales de la ética, las concepciones de Hume y de Kant.

Si bien Bennett no analiza aquí el conflicto de los sentimientos y el deber moral desde las tesis humeanas y kantianas, sí es posible hacer una lectura atravesada por estos autores. Qué nos motiva a actuar moralmente, ¿la moral o los sentimientos de empatía hacia el prójimo?, son los problemas centrales que recorre todo el artículo bajo el título de las conciencias morales. Bennett anuncia desde el inicio del artículo cuáles son los casos con los que va a trabajar. Por un lado el de Huck Finn, quien vive problemáticamente, con una conciencia escindida, la lucha entre obedecer a la moral de la época o a sus sentimientos, y que finalmente parece inclinarse a la toma de una decisión moral basada en los sentimientos hacia el esclavo Jim. Por otro lado, el caso del comandante nazi Heinrich Himmler, para quien la motivación está basada en la obediencia estricta a sus deberes con el fin de un “mejoramiento” de su país y del mundo. Aquí, los conflictos de conciencia de Himmler son más bien puestos de manifiesto por su médico que por él mismo. Él siente el malestar, pero es su médico quien atribuye los malestares físicos a conflictos psíquicos, y no tanto el propio Himmler. Sin embargo, Bennett cree necesario, para su argumentación, mostrar que también en Himmler se puede ver esa lucha interior entre lo moralmente correcto y los sentimientos de humanidad. Finalmente, el caso del pastor Jonathan Edwards nos muestra cómo en él no se presenta ninguna tensión entre la moral y los sentimientos. La referencia final a las palabras del poeta inglés Owen parecen más bien puestas al servicio de la argumentación, dando así Bennett un corolario que nos invita a reflexionar y a tomar posición sobre el valor prioritario de los sentimientos a la hora de actuar y de evaluar nuestras decisiones morales.

Como ya anticipamos, el problema de la conciencia moral se debate, en el artículo de Bennett, entre la obediencia estricta a la ley moral o el seguir los dictados de nuestros sentimientos. Podemos decir, que entre Kant y Hume respectivamente. Entre actuar moralmente por obediencia a un imperativo categórico, o actuar por lo que nos despierta agrado o placer.

Es así como encontramos a un Huck Finn que en el camino para liberar al esclavo Jim, vive la aventura como una agonía, como una lucha entre obedecer lo que la moralidad del Missouri de aquellos años indicaba, o seguir su corazón. Una agonía entre la razón y los sentimientos, entre el *logos* y el *cordis*. Esta tensión se manifiesta en Huck no sólo por el afecto que parece tener ante el esclavo Jim, sino también por el miedo que le provoca el saber que está ayudando a escapar a un esclavo y que puede ser penado por esa acción. La moral y ley del sur estadounidense de aquellos años ven al esclavo como una cosa, y el apropiarse del esclavo de otro, es visto como un robo a la propiedad. Huck parece proyectar en el esclavo Jim su propio deseo, liberarse de su madre adoptiva, la viuda Douglas, que pretendía civilizarlo.

Bennett juega con este texto para mostrar la tensión que hay en la conciencia de Huck, y para orientarnos en un camino posible a seguir, el que el autor elige. Pero no es posible definir estrictamente una posición a partir de su artículo, porque si bien Bennett se inclina más por la *sympathy* a la hora de tomar una decisión moral, la novela de Twain concluye –y de esto no da cuenta Bennett– con los dos personajes principales en una situación muy similar a la que empezaron: Jim queda en aparente libertad, pero diciéndole “amo” a Huck, y Huck concluye pensando que ahora deberá escaparse de la casa de la tía Sally, un hogar donde también están presentes las estructuras que Huck rechaza y aborrece, porque ella también está dispuesta a adoptarlo para civilizarlo, y Huck ve en la civilización una forma de opresión de su libertad.

El caso de Himmler, la otra conciencia principal para dar cuenta de la tensión entre la moral y los sentimientos, presenta al jefe de las SS y arquitecto de la “Solución final”, como una persona sumamente ocupada en cumplir con lo que sea mejor para su país, no teniendo otra consideración para su acción que el fin de su acción. Aquí, los medios son meros instrumentos para cumplir con una misión superior. Himmler no puede darse el lujo de dejarse llevar por algún sentimiento de empatía hacia el prójimo. Aquí, Himmler hace lo que debe hacer por un fin superior. Pero las consecuencias de su acción no sólo se ven en los hechos, sino que también se manifiestan en su cuerpo –como lo relata su médico– como una somatización. El recurso al caso Himmler le es útil a Bennett para mostrar no sólo el caso de obediencia a la ley y no a los dictados del corazón, no sólo a la manifiesta tensión entre *logos* y *cordis*, sino también para mostrar que lo prioritario aquí es el fin de la acción.

Algunos lectores y críticos podrían llegar a ver que el accionar de Huck Finn es más bien antikantiano por cuanto, a simple vista, pone sus sentimientos hacia Jim en un lugar prioritario a la hora de tomar una decisión moral, mientras que en el caso de Himmler, la obediencia estricta a sus deberes por sobre cualquier sentimiento de empatía hacia el prójimo, harían ver al comandante de las SS, como un seguidor de la doctrina kantiana. Pero una lectura en esta dirección parece algo ingenua, y aunque podamos compartirla, se podría matizar esa clasificación tan rígida.

Quisiéramos hacer algunas observaciones aquí y mostrar cómo el comportamiento de Huck no es tan antikantiano, y el de Himmler no es tan kantiano como algunos críticos quieren ver. Creemos que la clave de lectura aquí, pasa por ver al hombre como cosa, y no en su plena humanidad.

Pence, en “Teoría de la virtud”, sostiene que Bennett defiende la conclusión antikantiana de que Huck respondió correctamente al afecto por su amigo Jim, y no a su moralidad.¹³ Pero ¿hasta qué punto es tan antikantiana la actitud de Huck? Y ¿hasta qué punto Huck esconde a Jim por afecto? En principio podríamos acordar con la tesis de Pence en el sentido que la decisión moral de Huck de ayudar a Jim, parece originarse en los sentimientos y no en la razón. Compartiría entonces la tesis sostenida por Hume, y desde esa perspectiva podríamos decir que la actitud de Huck sería humeana y/o antikantiana. Sin embargo, y como se expone en una nota más adelante¹⁴, quizá lo que motivó a Huck a dejar escapar a Jim fue el miedo ante la pregunta de los cazadores de esclavos, miedo que lo llevó a mentir, a pesar que sabía que debía decir la verdad.

En el relato vemos a Huck que, dispuesto a entregar a Jim y a cumplir con su deber de conciencia, se dice a sí mismo: “Mis pensamientos variaron por un hecho imprevisto”¹⁵. El hecho imprevisto fue el encuentro con los cazadores de esclavos. La mentira entonces, como veremos¹⁶, está asimismo justificada desde un planteo kantiano.

Pero supongamos ahora que Huck se asegurase de no recibir castigos por ayudar a Jim a escapar, ¿debería igualmente Huck devolver al esclavo, a los ojos de Kant? La pregunta de si debo devolver el esclavo a su dueño, para saber si es conforme a deber o por deber, me

¹³ PENCE, Greg, “La teoría de la virtud” en SINGER, Peter (ed.), *Compendio de ética*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, p.354

¹⁴ Cfr. Nota 36

¹⁵ TWAIN, Mark, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Buenos Aires, Losada, 1939, p.95

¹⁶ Cfr. Nota 36

bastará con preguntarme a mí mismo: ¿me daría yo por satisfecho si mi máxima –devolver el esclavo a su dueño- debiese valer como ley universal tanto para mí como para los demás? Y bien pronto me convengo de que, si bien puedo querer en este caso devolver a Jim a su dueña, no puedo querer, empero, una ley universal de devolver todos los esclavos a sus dueños cuando escapan, porque según esta ley el hombre se vería degradado nuevamente al estado de las cosas, es decir, devolverlo a sus dueños equivale devolverlo a la esclavitud, y el hombre no es una cosa,

[...] el hombre, [...] *existe como fin en sí mismo, no sólo como medio* para usos cualesquiera de esta o aquella voluntad; [...] Los seres cuya existencia no descansa en nuestra voluntad, sino en la naturaleza, tienen, empero, si son seres irracionales, un valor meramente relativo, como medios, y por eso se llaman *cosas*; en cambio, los seres racionales llámanse *personas* porque su naturaleza los distingue ya como fines en sí mismos, [...]¹⁷

Podemos plantearnos también que quizá Huck ayuda a Jim a escapar porque encuentra placer interno en dar alegría a los que lo rodean. En este sentido, el caso de Huck corre parejo a las tesis del emotivismo moral de Hume, que destacan la importancia de la esfera de los sentimientos y las emociones. De la misma manera aquí también podemos decir, con Kant, que si bien semejante acto es conforme al deber, no tiene sin embargo valor moral verdadero, y es un caso más de una inclinación. La motivación que lo lleva a Huck a ayudar a Jim a escapar, surge de un sentimiento de empatía por el prójimo que, humeanamente hablando, se origina en una impresión que produce un sentimiento moral, y que kantianamente, es una acción de acuerdo al deber, pero por inclinación, careciendo de esta manera de valor moral.

Pero supongamos que el ánimo de Huck está envuelto en un dolor tal que no le importa el destino que corra la suerte de Jim, y de hecho en reiteradas oportunidades Huck indica sentirse mal por esta tensión que siente entre ayudar a Jim y lo que debería hacer: Huck se irritaba, estaba nervioso, su conciencia le hablaba y le recordaba el deber, y hasta trataba de consolarse pensando que aún estaba a tiempo de entregar a Jim y eliminar ese dolor espiritual.¹⁸ Pero,

¹⁷ KANT, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, México, Porrúa, 1995, p.44

¹⁸ Cfr. TWAIN, Mark, Op.cit., p.94

[...] si entonces, cuando ninguna inclinación le empuja a ello, sabe desasirse de esa mortal insensibilidad y realiza la acción benéfica sin inclinación alguna, sólo por deber, entonces y sólo entonces posee esta acción su verdadero valor moral.¹⁹

Así, cuando Huck ayuda a Jim a escapar, si no lo hace por inclinación, sino superando incluso la aversión a liberarlo, entonces Huck actúa por deber. Sin embargo, alguien podría argüir aquí que el deber era devolver el esclavo a su amo, y que en todo caso, lo que podemos tener aquí es una contraposición de deberes. Es decir, estamos ayudando a alguien cuando en realidad debemos ayudar a otro incapacitándonos para cumplir nuestro deber mientras seguimos nuestras inclinaciones.

Supongamos que tal sentimiento [la compasión] os mueve a socorrer con vuestros recursos a un necesitado en ocasión en que debemos a otros, y por tanto nos incapacitamos para cumplir con el estricto deber de justicia; el acto no puede nacer de ningún principio moral, porque siguiendo éste nunca nos veríamos excitados a sacrificar una obligación superior a este ciego impulso.²⁰

Pero ¿qué pasaría si esa benevolencia se convirtiera en un principio moral? Aquí, las palabras de un Kant precrítico ya son las que resuenan luego en su ética:

[...] Si, en cambio, la general benevolencia hacia el género humano se ha convertido en un principio dentro de vosotros, al cual subordináis siempre vuestros actos, perdura entonces el amor al necesitado, pero es puesto desde un superior punto de vista, en la verdadera relación con la totalidad de nuestros deberes. La benevolencia es un fundamento de la participación en su desdicha, pero también de la justicia, [...] ²¹

Planteemos entonces la pregunta que nos hacíamos antes de otra manera para ver si en algún caso, devolver el esclavo a su dueña es un deber moral. ¿Debo liberar al esclavo, o al menos ayudarlo a liberarse? ¿Me daría yo por satisfecho si mi máxima –liberar al esclavo– debiese valer como ley universal tanto para mí como para los demás? Y bien pronto me convenzo de que, si bien puedo querer en este caso liberar a Jim, si quisiese una ley universal de liberar a todos los esclavos, según esta ley, no habría propiamente más esclavitud, porque si cada uno liberase a su esclavo, no habría nadie más a quien liberar, y por ende, no habría más esclavos. Así, el querer liberar a un esclavo puede convertirse

¹⁹ KANT, Op.cit., p.24

²⁰ KANT, Immanuel, *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*, México, Porrúa, 1997, p.139

²¹ *Ibid.*

perfectamente en el querer y deber de liberarlos a todos. ¿Es tan antikantiana como sostiene Pence esta conclusión? La distinción entre la ética de los principios, como la de Kant y las éticas consecuencialistas o ética de los fines, parece diluirse en este planteo. Las observaciones realizadas nos permiten rechazar parcialmente la tesis de Pence, porque el hombre, para Kant, es fin en sí, y jamás puede ser usado por nadie como medio sin ser al mismo tiempo un fin, y por ende, la humanidad en nuestra persona debe ser sagrada para nosotros mismos.

El imperativo práctico será, pues, como sigue: *obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio.*²²

Los mismos argumentos que muestran a un Huck no tan antikantiano, permiten ver a Himmler como alguien no tan kantiano.

Cuando en uno de sus discursos, Himmler habla acerca de lo repulsivo que resulta ver la muerte tan de cerca, de ver miles de muertos por todas partes y, a pesar de eso, seguir siendo decentes, da cuenta de la actitud estoica que debía mantener todo soldado que pretendiera salir indemne de una situación aberrante como la que vivían diariamente. Pero este estoicismo no significaba anular o ahogar los sentimientos. Himmler veía con una actitud reprochable a quienes actuaban ahogando sus sentimientos. Elogiaba en cambio, a quienes, ante los sentimientos de conmiseración por el prójimo, los doblegaban y cumplían con lo ordenado. En este sentido, es posible considerar que las expectativas de Himmler iban a la par a una de las tesis centrales de Kant, para quien, se da en el hombre una especie de juego o conflicto entre la racionalidad y las inclinaciones. Así, la buena voluntad se manifiesta en cierta tensión o lucha con las inclinaciones. Y en la medida en que ocurre tal conflicto, la buena voluntad se llama deber. El deber, así, tiene carácter coercitivo, en tanto surge para oponerse y reprimir las inclinaciones.

Precisamente en ello estriba el valor del carácter moral del carácter que, sin comparación, es el supremo, en hacer el bien, no por inclinación, sino por deber. [...] Una acción realizada por deber tiene, empero, que excluir por completo el influjo de la inclinación, [...] hacer el bien por deber, aún cuando ninguna inclinación empuje a ello y hasta se oponga una aversión

²² KANT, Immanuel, *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, Op.cit., p.45

natural e invencible, es amor práctico y no patológico, [...] y este es el único que puede ser ordenado.²³

Por supuesto que aquí el problema es qué entendemos por “hacer el bien”. Evidentemente, para Himmler y sus soldados, el hacer el bien tenía que ver con el mejoramiento de la raza y con las condiciones de vida para el futuro de la humanidad. En este sentido, el “hacer el bien” para la humanidad, a la vez que implicaba el aniquilamiento de determinadas razas, e implicaba superar la aversión por matar en pos de un fin superior. Y en esto del fin y de los medios es donde, me parece, reside el problema, y que hace que la visión de Himmler no sea tan kantiana como podría parecer en una primera lectura.

En uno de los discursos de Himmler, citado por Bennett, el comandante en jefe de las SS decía:

[...] Ya sea que las naciones vivan en la prosperidad o mueran de hambre, a mí me interesan sólo en la medida en que los necesitemos como esclavos para nuestra *Kultur*, de lo contrario, no tienen ningún interés para mí. Si 10.000 mujeres rusas caen de cansancio cavando una zanja antitanque, a mí sólo me interesan en tanto que la zanja esté terminada para Alemania.

Con Kant, decimos que si analizamos las acciones que todos realizamos, advertimos que siempre están hechas por un fin. Esos fines suelen basarse en nuestras inclinaciones, y por tanto, son subjetivos. Sin embargo, si existe un imperativo categórico, eso significa que deben existir fines absolutos y objetivos, y esos fines deben ser los seres humanos, porque el ser humano es un fin en sí mismo y por ello son personas. En su lugar no puede ponerse ningún otro fin para el que ellos deban servir como medios. Y si bien podemos decir que la intención de Himmler y del nazismo en general era el “mejoramiento” de la humanidad, aquí se pone al hombre como medio para lograr ese fin. Y así como pasaba con Jim, que lo moralmente repudiable era que, como esclavo, se lo consideraba como cosa y no en su humanidad, se lo ponía como medio para un fin, aquí sucede algo similar, ya que las personas que habían sido llevadas a los campos de concentración, habían sido degradadas en su humanidad, se los consideraba como un costo que había que pagar para el mejoramiento de la humanidad, habían sido colocadas en el lugar de cosas, como esclavos,

²³ KANT, Immanuel, *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, Op.cit., pp.25-26

en vez de cómo hombres, y así se estaba asemejando al hombre con un animal o una máquina.

En Kant, el valor moral de una acción, no reside en aquello que se quiere lograr, no depende de la realización del objeto de la acción, y por eso nos dice que debemos cumplir con lo que el deber manda más allá de que ello nos proporcione un beneficio. Y el deber nunca puede poner al hombre como un medio para un fin, ya que el imperativo práctico dice:

[...] obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio.²⁴

De esta manera, si consideramos a otra persona o aún a nosotros mismos, como medios o instrumentos, no habremos actuado por deber, por eso es repudiable, por ejemplo, la esclavitud, ya que se pone al hombre en el lugar de una cosa. Este principio de segundo orden, constituye una limitación a las máximas que adoptemos; es una versión muy solemnemente expresada de la exigencia del respeto a las personas.

3. La recepción del texto de Bennett

Por último, quisiéramos destacar algunas contribuciones que se han hecho al artículo de Bennett.

A la ya evaluada contribución de Pence al artículo de Bennett, podemos agregar, por otro lado, que John Harris, en un artículo publicado en la misma revista, unos años después, indica que la pregunta central y crucial de este texto de Bennett es: ¿cómo deben ser resueltos tales dilemas? La respuesta, viene de la mano de lo enunciado por el mismo Bennett, indicando que es peligroso confiar en los principios porque "[...] es obviamente incoherente para alguien decir que el sistema de principios morales que uno acepta sea malo [...]", entonces el mejor camino debe ser llevar siempre nuestros principios morales bajo "[...] la presión severa de los más habituales sentimientos humanos [...]". Pero el problema aquí, sostiene Harris, es que no podemos confiar absolutamente en los sentimientos. Y retomando a Bennett indica que "[...] los principios morales son útiles en los momentos en que los sentimientos hacia alguien son desfavorables, por ejemplo, en los

²⁴ KANT, Immanuel, *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, Op.cit., p.45

momentos de una aversión hacia la humanidad, o en períodos donde reina la mezquindad, el egocentrismo o la ira”. Por ello, insiste Bennett en que deberíamos confiar más en nuestros sentimientos, porque en tanto estos son proclives a debilitarse, si ello ocurre, necesitamos allí nuestros principios morales para darnos seguridad. Para Harris, la extrema precaución de las conclusiones de Bennett, no hacen menos evidente sus preferencias por los sentimientos, ya que él comparte la opinión de que cuando las cosas van mal, es mejor confiar en los sentimientos.²⁵

Asimismo, el dilema entre *bad morality* y *sympathy*, que como dijimos, es la cuestión central de este artículo, nos lleva a indagar qué entiende Bennett por “*sympathy*”, y qué, por “*bad morality*”. A pesar de esta tensión, el recurso a la *sympathy* se muestra como el hilo conductor de todo este texto. Según Montague, tomando la definición de Bennett, por “*sympathy*”²⁶ se entiende “[...] un tipo del compañerismo, como cuando uno siente pena por la soledad de alguien, o una compasión horrorizada por su dolor, o cuando uno siente un rechazo a actuar en una forma que le haga mal a otro [...]”. En este sentido, sostiene Montague, que de la definición de “*sympathy*” se puede extraer una definición subjetiva algo extraña de una “*bad morality*”, aunque indica, que claramente Bennett usa esta expresión para dar cuenta de las creencias morales inaceptables que son sostenidas por algún individuo en particular, creencias tales como ser la creencia en principios. De esta manera, la expresión “mala conciencia” probablemente sea utilizada, indica Montague, como un sustituto de una “*bad morality*”.²⁷

La tensión entre “*sympathy*” y “*bad morality*” se produce, particularmente, en los casos en que un individuo siente la división interior de seguir los dictados de una u otra al contemplar la realización de una acción. Por ello Bennett titula su artículo con el término

²⁵ HARRIS, John, “Principles, Sympathy and Doing what's Right” en *Philosophy*, Vol.52, N° 199, Enero 1977, p.96

²⁶ El término “*sympathy*” que puede incluso ser entendido como “empatía” –concepto clave del Romanticismo–, está sin embargo muy vinculado a la Ilustración inglesa, sobre todo a la de Anton A. Cooper - el Conde de Shaftesbury (1671-1713)- quien, por otra parte, ha sido de una enorme influencia para el Kant del segundo período. De este autor inglés pueden verse las obras *Ensayo sobre el mérito y la virtud*; *Características de hombres, costumbres y tiempos*; *Una carta sobre el entusiasmo*; y *Los moralistas...* donde expone sus ideas sobre la *sympathy* y la concepción armónica de la vida como ingredientes del sentido moral, y donde presenta la dimensión receptiva de las sensaciones del sujeto, cuestión que cifra las bases de la ulterior estética kantiana.

²⁷ MONTAGUE, Phillip, “Re-Examining Huck Finn Conscience” en *Philosophy*, Vol.55, N°214, Octubre 1980, pp.542

“conciencia”. En este sentido, la utilización de la novela de Mark Twain por un lado, y de la historia de Heinrich Himmler por otro, revelan ese conflicto.

Recibido 14- 2-2012

Aceptado 22-4-2012

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo presentar un estudio preliminar y una traducción anotada al artículo que Jonathan Bennett publicara a mediados de los años setenta en la revista *Philosophy*, y que sirve como disparador para el tratamiento de la motivación moral. La emergencia de la traducción de este artículo surge eminentemente como una necesidad didáctica, ya que las cuestiones relacionadas con la motivación moral han ocupado un lugar central en la historia de la ética, desempeñando un rol protagónico, desde su origen hasta la actualidad.

Palabras clave: Bennet, Huckleberry Finn, motivación moral, moral y sentimientos

Abstract

This paper aims to present a preliminary study and an annotated translation by Jonathan Bennett article published in the mid-seventies in the journal *Philosophy* and serves as a trigger for the treatment on moral motivation. The emergence of the translation of this article as a need arises eminently didactic, since issues related to moral motivation have occupied a central role in the history of ethics, playing a leading role, from their origin to today.

Key Words: Bennet, Huckleberry Finn, moral motivation, morality and feelings